

El refugio del maestro

A punto de cumplir 89 años, Miguel Delibes recibirá la Medalla de Oro de Castilla y León. Aunque prejubilado de la vida por la enfermedad, el novelista sigue regresando a Sedano, su lugar en el mundo, siempre que puede. Viajamos allí tras su rastro

R. Pérez Barredo / Burgos

Sedano aparece a la vista como un milagro, encorsetado por el violento verde de la naturaleza, que empuja hacia la plenitud de la primavera. Se oye el discurrir del agua por todos sus rincones, saltando alborozada, traviesa en los arroyos. Las casas lucen el prestigio de sus sillares en el silencio de la mañana. Es el corazón del valle horadado por el río Moradillo, donde hace más de medio siglo halló su refugio ideal, su lugar en el mundo, Miguel Delibes. La mayor parte de las obras del escritor castellano fueron concebidas aquí, por lo que no cuesta imaginar a algunos de sus personajes recorriendo estas calles, las veredas de tan privilegiado entorno, los surcos hostiles del páramo que hay más arriba, sus ríos y caminos salpicados de corzos y jabalíes: El Nini, el tío Ratero, Azarías, Daniel el Mochuelo o el señor Cayo germinaron al abrigo de su cabaña, una de las mejores inversiones de su vida, como ha confesado en tantas ocasiones el maestro. Esa «pasión pueblerina» que compartió con su esposa Ángeles y que han heredado sus hijos y nietos, que aprovechan la mínima oportunidad para escaparse allí, a este rincón de la provincia burgalesa que para el autor de *El camino* siempre fue «un lugar para respirar».

La enfermedad que desde hace una década padece y que le ha apartado de la literatura y prejubilado de la vida también ha espaciado sus visitas a Sedano. Sin embargo, en la memoria de este pueblo y de sus gentes la sombra de don Miguel, como todos le llaman con reverencial cariño, es felizmente alargada. Preguntar por él en Sedano es insuflar de un íntimo

orgullo a sus vecinos. Todos han tenido relación con él, con su esposa y con su extensa prole. Y el diagnóstico coincide en todos los casos: se trata de un hombre educado, amable pero reservado -al contrario que Ángeles, cuya simpatía y extroversión es todavía hoy, más de tres décadas después de su desaparición, objeto de veneración y recuerdo-, amante de la naturaleza, gran persona.

«Todos son buena gente», sentencia Florentín, «y su hija Elisa es un encanto de mujer, siempre tan pendiente de él», apunta Margari. Ambos contemplan a Alberto, un verdadero manitas que lleva bien a gala que en el pregón de las fiestas del pueblo de hace unos años Juan, uno de los hijos del autor de *Las ratas*, le evocara como un espléndido mecánico, capaz de dejar el averiado coche de la familia del escritor «mucho más sano» que cuando estaba a pleno rendimiento.

La temprana ausencia de su esposa sumió a Delibes en un pozo de desolación que afectó a su relación con las gentes de Sedano. Le volvió más huraño, mucho más solitario, como recuerda otra vecina. Aquel golpe del que no se ha recuperado todavía le dolía especialmente allí, dado que había sido, durante su noviazgo, un lugar especial que el novelista visitaba a lomos de su bicicleta, para lo que tenía que recorrer los cien kilómetros que separan el pueblo cántabro de Molledo, donde él veraneaba, y la villa burgalesa, donde lo hacía Ángeles; años más tarde, Sedano representaría la culminación de ese amor y de sus anhelos comunes, cuando ambos construyeron el refugio y la primera casa. «La muerte de Ángeles fue terrible; Miguel ya no volvió a ser el mismo», asegura Mercedes, una de las tres hermanas Fisac, vecinas, amigas «y primas, como él nos ha llamado siempre», del escritor. Con 96 años, Mercedes se cartea con el autor de *Los santos inocentes*, tal es la estrecha relación que durante décadas ha unido a ambas familias. «Sus hijos y nietos nos llaman tías», dice Pilar. La tercera hermana, Concha, destaca su altura humana. «Es un hombre maravilloso». Las tres se deshacen en elogios hacia Delibes. «Es muy buen persona, y al contrario de lo que muchos creen, simpatiquísimo y encantador», apostilla Pilar. «Y un escritor extraordinario, que se merece todos los premios, incluido el Nobel», concluye Mercedes Fisac.

El refugio de madera donde el escritor ha pasado tantas horas de su vida es apenas visible desde la carretera. Oculto entre los pinos, no es mucho más grande que las caballas de madera que vio una vez en Farallones, al pie del Aconcagua. La solariega casona de piedra que adquirió años después y en la que hijos y nietos sueñan con vivir algún día tiene un aire solemne e indiano, acunada por el murmullo de un cercano manantial. Atrapado por la melancolía, impotente ante el trastorno de su enfermedad -«soy un escritor que no escribe, un cazador que no caza, un turista que no viaja, un ser sociable sin amigos», confesó en la última



Delibes, con uno de sus nietos en Sedano en los años 90.
Lorenzo Matías

entrevista que concedió a este periódico-, Delibes no ha faltado un solo verano a su cita con Sedano. Como un homenaje más, el pueblo acaba de abrir un centro de interpretación que no sólo lleva su nombre: una de las secciones está dedicada íntegramente al escritor: en varias pantallas pueden verse fragmentos de algunas de sus obras adaptadas al cine, así como consultar cualquier libro (están todos) de su extensa bibliografía. Todos esperan que pueda estar presente el día de la inauguración oficial. Aunque aparentemente vencido por el cáncer, una muesca enorme en un ser de natural escéptico e incluso pesimista, Delibes es un luchador. Y se aferra hoy a su familia y a sus recuerdos para seguir viviendo. «Quedan los recuerdos. La memoria. Si no pudiera evocar mi infancia tendría que decir adiós a lo poco que me queda». Entre todos los recuerdos, uno sobresale especialmente. Aquella maravillosa mujer llamada Ángeles. Aquella hermosa señora de rojo sobre el fondo hoy verdeazul de Sedano.

© Copyright Diario de Burgos. All Rights Reserved. Prohibida toda reproducción a los efectos del Artículo 32, 1, párrafo segundo, LPI.